

---

**JOSE LUIS PINILLOS DIAZ**

**Catedrático y Director del Departamento de Psicología y Antropología  
de la Universidad Complutense de Madrid.**

**Psicología de la agresión**

Afirmar que vivimos en un mundo violento no es, por desgracia, afirmar algo nuevo. La violencia es un hecho cotidiano, que forma parte habitual de la vida del hombre contemporáneo y, esto es lo más grave, amenaza con arruinarla.

La agresividad es, en efecto, una de las más graves amenazas que pesan sobre nuestra época. No tanto, sin embargo, porque sea particularmente brutal o refinada —que en esto nuestros antepasados no han dejado mucho espacio para las innovaciones— ni tampoco porque crezca y se extienda sin cesar en las grandes aglomeraciones urbanas o afecte ferozmente a muchos países poco estabilizados, que se debaten en conflictos armados o luchas intestinas. Con ser muy grave, nada de esto es lo peor.

No se trata de eso. La agresividad cuenta con un largo pasado en la evolución de las especies —de la que somos cabeza, no lo olvidemos— y la historia de la humanidad no es precisamente ajena a las crueldades y violencias de todo tipo.

La cuestión, mucho más simple y bastante más grave, es otra. Consiste, como todos ustedes habrán imaginado, en que la sociedad contemporánea dispone ahora de un brazo tecnológico sumamente poderoso y sistemático, capaz de multiplicar y organizar

la violencia hasta límites que rayan con la propia destrucción de la vida entera sobre el planeta. En el paleolítico, el poder destructivo de la agresión humana estaba limitado por la fuerza del músculo y el tosco filo del hacha. Hoy, cuando el efecto de la agresión humana puede medirse por megatonnes, la cuestión ha variado sensiblemente. Lo que entonces constituía una ventaja adaptativa en la lucha por la existencia, puede hoy transformarse en un factor regresivo, de consecuencias deletereas incalculables para la propia especie.

Pero no sólo es eso. La propia tecnología, a la que se trata de presentar como un instrumento neutral, crece de un modo asimétrico, en el sentido de que su poder de destrucción posee un gradiente de crecimiento superior al de su capacidad constructiva. Si se me perdona la simplicidad del ejemplo, es obvio que unas cuantas bombas atómicas pueden destruir en pocos minutos una ciudad como Nueva York, cuya reconstrucción material —no hablemos de otras cosas— llevaría mucho tiempo.

Sin llegar a tales extremos apocalípticos, es evidente también que las posibilidades de un Estado moderno para ejercer la violencia son infinitamente más poderosas que nunca, y que los exterminios en masa son por desgracia técnicamente cada vez más factibles.

Todo esto, en suma, confiere al tema de la agresión humana caracteres inéditos, cualitativamente nuevos y pavorosos. Asimetría de la técnica, crecimiento incalculable de su poder destructivo, carácter sistemático de las acciones destructivas y, en el fondo de todo ello, la posibilidad de un holocausto planetario son notas que ponen un tinte realmente sombrío en el, por otra parte, nada nuevo panorama de la

agresión humana contra la naturaleza y la cultura.

Brevísimamente dicho, el problema de nuestro tiempo estriba en conseguir que la agresión humana se mantenga racionalmente dentro de límites compatibles con la potencia destructiva que le confiere la técnica. La cuestión consiste en lograr que la humanidad tome conciencia de que lo que en otras épocas pudo constituir una ventaja adaptativa, se ha convertido actualmente en un pavoroso riesgo que amenaza la supervivencia de la propia especie.

Lógicamente, la cuestión es bien simple y se entiende en seguida. Si la agresión humana contra la naturaleza agota los recursos, impurifica los aires, las aguas y los alimentos, extermina las especies, hace imposible el desarrollo humano... Si la agresión intraespecífica deteriora la convivencia en las ciudades, degrada la calidad de la existencia personal, desangra a la sociedad en luchas internas y finalmente desemboca en conflictos planetarios suicidas, es obvio que la humanidad tiene que limitar sus acciones agresivas, o renunciar a ellas, so pena de inevitable extinción a no muy largo plazo.

Lógicamente, insistimos, el problema es sencillo y la respuesta también. Psicológicamente, en cambio, no lo es tanto. Porque puede muy bien ocurrir que la agresividad sea uno de los constitutivos biológicos de la especie que permanezca en ella como reliquia atávica, sin que el desarrollo de una razón histórica posterior a la hominización haya logrado domesticarla. No son pocos los que piensan así, y es preciso reconocer que el panorama actual de la vida humana da pie en cierto modo para interpretar las cosas en semejantes términos.

Personalmente no me inclino por esta visión biologista, y fatalista, del destino del hombre. Pienso

que hay en él elementos racionales importantes capaces de moderar las reacciones agresivas, atemperándolas a las circunstancias impuestas por una tecnología casi omnipotente para la destrucción. Pero esto hay que demostrarlo; no basta con afirmar la racionalidad humana; a los profetas de la destrucción no les faltan argumentos y “razones” para sostener la tesis de la agresividad radical de la especie, y justamente el objeto de esta conferencia consiste en analizar la posible validez de las teorías contrarias.

Pero antes unas palabras sobre la idea misma de agresión. Psicológicamente un comportamiento agresivo es, por lo pronto, un comportamiento que se dirige contra algo o contra alguien, esto es, intencionalmente orientado a destruirlo o dañarlo. En términos conductistas más factuales, diríamos que una conducta es agresiva cuando objetivamente puede identificarse como una conducta de ataque, como una conducta contra, cuyos eventuales resultados son la destrucción o el daño de lo atacado.

Sin duda, las motivaciones y justificaciones de las agresiones humanas, así como sus clases, son tan diversas que una discusión a fondo del problema estaría fuera de lugar en el curso de esta intervención, necesariamente elemental, o al menos necesariamente breve. Lo que para un grupo o persona representa claramente una agresión es para otros, con igual claridad, una acción defensiva. La lucha contra el ataque terrorista es percibida por unas personas como legítima defensa de la sociedad contra sus enemigos, a la par que otras entienden que se trata de una abusiva violencia de Estado contra la que es preciso emprender lucha armada. El etiquetado de los mismos actos varía en función de intereses y factores ideológicos o éticos sumamente complejos que la reflexión

psicológica no puede dilucidar, y en cuya discusión, en todo caso, no vamos a entrar.

Sea cual fuere la legitimidad de los motivos del comportamiento agresivo, la agresión constituye un comportamiento de ataque que se desencadena normalmente para lograr algo: bien sea defenderse de un enemigo, real o imaginario; utilizar a otro en provecho propio y por la fuerza —como objeto de placer o instrumento de trabajo— o simplemente hacerle sufrir o destruirle por venganza o sadismo. El dominio, la defensa, la predación, el sadismo o el odio son los motivos más frecuentes de la agresión del hombre contra el hombre. Sus raíces son tan ancestrales, y están tan íntimamente entrelazadas con la historia de la vida humana, que uno debe preguntarse con toda seriedad si en efecto la agresividad no constituye uno de los ingredientes esenciales del comportamiento de todos los seres vivos y, por tanto, del género humano.

En parte, la respuesta a esta pregunta es necesariamente afirmativa. La cadena de la vida está montada de tal modo que la supervivencia de unos organismos se logra a costa de la muerte de otros; nos guste o no, es indiscutible que el sostenimiento y la diferenciación de la vida ha discurrido en estos términos a lo largo de la evolución. Sin duda, la filogénesis ha tenido mucho de carnicería interespecífica, y la misma historia humana presenta una milenaria estela de violencia y agresiones continuadas.

No obstante, reconocer esto no equivale a dar por buena la tesis de que el hombre es esencial y necesariamente un animal de rapiña, y que la invocación de la convivencia pacífica es signo —Nietzsche, Spengler— de deterioro y decadencia. Entendámonos. Sólo con resignación y plácido espíritu pacífico la

vida sería inviable; para comenzar, la alimentación representa una forma básica de comportamiento agresivo contra otros seres vivos, vegetales o no, sin la cual el sostenimiento y desarrollo de la vida sería imposible. Un cierto ingrediente intrínseco de agresividad es consustancial al ejercicio de la vida, y esa es, a mi juicio, la parte de razón que lleva el vitalismo. Pero, a la vez, es asimismo claro que sólo con agresividad la vida sería inviable, sobre todo en sus estratos superiores. Son innumerables las empresas que sólo son realizables a través de una coordinación de esfuerzos interindividuales; desde la defensa gregaria de los rebaños hasta la construcción de los panales de las abejas o la supervivencia de las bandas de simios, para no hablar de lo más obvio de todo, que es la historia humana.

Ciertamente, una dialéctica de cooperaciones y luchas, de agresión y convivencia es lo que sostiene y mueve la vida; y si el equilibrio entre ambos componentes se rompe, la vida también. Esta es la verdad radical de la que se desvían tanto los cantos heroicos a la rapacidad del hombre faustico, como las sensiblerías ramplonas de los progresismos decimonónicos basados en la armonía universal de los pueblos satisfechos. La experiencia histórica de milenios muestra con terca insistencia a todo el que quiera verlo, que el tejido de la vida humana está hecho de ambas cosas, de la amistad y el odio que Empédocles ponía en el principio de los seres y que son como la trama y urdimbre de su existencia. Ambos hilos son necesarios para tejer la vida, y así será siempre. Sólo que en estos tiempos decisivos en que el hombre posee ya el secreto de su propia aniquilación colectiva, el equilibrio de esos dos principios parece irse inclinando siniestramente hacia el lado de la discordia.

Es por ello por lo que resulta tan necesario reestablecer el equilibrio perdido y reconducir la vida humana hacia lugares más seguros.

Pero ¿acaso puede hacerse? ¿Puede el hombre renunciar a sus atávicas pulsiones agresivas o someterlas al menos a los dictados de la razón?.

A decir verdad no estoy nada seguro de que este planteamiento habitual del problema sea del todo correcto. El papel que corresponde a la biología en la cuestión que nos ocupa no es, a mi juicio, el que usualmente se le asigna en las teorías de la agresión humana. No estarán de más, por lo tanto, algunas observaciones al respecto.

Para comenzar, unos brevísimos comentarios sobre lo que para entendernos rápidamente podríamos llamar fundamentos biopatológicos de la agresividad. La idea del criminal nato no es, por descontado, una idea del todo nueva ni del todo infundada. Hay en ella, como en casi todas las teorías, un cierto fondo de razón, que luego se exagera y conduce al desvarío. La convicción de que el criminal nace, y no se hace, se por supuesto muy antigua, y de formas muy diversas han pretendido fundamentarla frenólogos como Gall, criminólogos como Lombroso, psiquiatras como Johannes Lange, biotipólogos como Sheldon o Glueck, y más recientemente psicólogos como Eysenck.

Desde luego, la hipótesis de que las marcas de la degeneración agresiva se manifiestan en las protuberancias del cráneo, en las orejas sin lóbulo o en la arquitectura corporal no ha resultado muy fructífera —quizás porque es bastante fácil de poner a prueba— si bien es cierto que la hipótesis biotipológica ha encontrado un cierto apoyo, débil, en la investigación

a partir de Kretschmer. No por ello, sin embargo, la idea de que el criminal es un ser marcado degenerativamente por la naturaleza se ha desvanecido. Con el elocuente título de *Crimen y personalidad* un destacado hombre de ciencia contemporáneo, Hans J. Eysenck, ha publicado una interesante monografía donde se pone de manifiesto la posible participación de la constitución biológica en el desarrollo de las conductas delictivas. Muy lejos ya, por descontado, de las ingenuas exageraciones que contenían las viejas historias sobre los Jukes y los Kalikaks, este trabajo aporta evidencia científica interesante respecto al modo en que las propiedades del sistema nervioso pueden manifestarse en tendencias temperamentales facilitadoras del comportamiento antisocial (psicópatas, extravertidos neuróticos de la tipología eysenckiana, etc.).

En todo ello, repetimos, se alberga un fondo de verdad que, sin embargo, posee un poder explicativo modesto y, de otra parte, se ha malinterpretado. En primer lugar, la relación del temperamento con el comportamiento es, en general, bastante débil, y en modo alguno cabe atribuir a ella las oleadas de violencia que amenazan al mundo. Esta violencia no es de origen temperamental, e incluso en la medida en que los extravertidos neuróticos —para atenernos a la tipología de Eysenck— fuesen más susceptibles a ella que los introvertidos estables, pongamos por caso, la actualización de esa potencialidad agrediente requeriría siempre el concurso de una circunstancia social desencadenante o propiciatoria. Dicho en pocas palabras, la agresión humana que nos preocupa no es un problema de temperamento, o al menos no lo es apenas, y en la medida en que lo sea pertenece al capítulo de la clínica y no al de la psicología.

gía social. La proporción de actos violentos atribuibles básicamente al temperamento es exigua, y forma parte de la psicopatología o de la psiquiatría. Por otra parte, mientras las tasas de violencia pueden variar notablemente en períodos breves, la proporción de sujetos dotados biológicamente de un determinado tipo temperamental permanece bastante estable durante períodos de tiempo muy largos en el seno de una misma sociedad. Violencia y temperamento guardan las distancias en la mayoría de los casos, y de hecho resultaría pueril pretender explicar el fenómeno de la agresión humana en su pavorosa amplitud actual apelando a determinantes temperamentales. En el mejor de los casos, el temperamento es una variable moduladora del fenómeno de la violencia, pero no su condición fundamental, excepto quizás en ocasiones y episodios que claramente pertenecen al capítulo de la patología del sistema nervioso.

En los últimos tiempos, la genética (*Genes y criminalidad*, etc. etc.) parece haber reemplazado con ventaja a la biotipología y a la teoría de los temperamentos en la función de otorgar un apoyo científico al nativismo de los comportamientos agresivos. Desde los trabajos de Hauschka, y el descubrimiento por Jacobs de trisomías XYY en los cariotipos de delinquentes peligrosos, y mentalmente retrasados, la vieja teoría de la predestinación biológica del criminal ha vuelto a reactivarse. Con gran complacencia, por supuesto, de quienes encuentran en ella la mejor coartada para su conformismo, y para no encararse con las eventuales reformas sociales que exigirían otras teorías menos fatalistas.

Como acontece usualmente en estos casos, los hallazgos de Jacobs, que encontró un 3,5% de tripletes

XYY entre la población penal mencionada, fueron seguidos de descubrimientos más sensacionales. Así, por ejemplo, Saul Wiener halló un 12% de trisomías XYY en un grupo de 34 presos peligrosos de una prisión australiana, cuya altura —la de los presos— era superior a la normal, esto es, cuyo biotipo era mesomórfico. El cromosoma masculino de más aparecía, pues, asociado a un incremento de masa corporal, que indirectamente podía facilitar también la ejecución de comportamientos agresivos fatales, en interacción con un nivel intelectual escaso.

Pasados, sin embargo, los momentos iniciales de euforia, la cuestión ha ido quedando reducida a términos más moderados, que de nuevo dan poco pie para una interpretación biologista de la agresión humana. Por un lado, el porcentaje de delincuentes peligrosos que posee un cromosoma masculino extra escasamente llega al 3%, siendo así que en la población normal el porcentaje es de 0,2%. Dicho de otra forma, más del 95% de los delincuentes peligrosos presentan un genotipo normal, a la vez que una cierta proporción de las personas normales tienen un cromosoma masculino de más. Asimismo, si el cromosoma masculino extra fuese responsable directo de la agresividad cabría suponer que las personas con el síndrome de Klinefelter (XXY) donde el cromosoma extra es femenino, tendrían que ser menos agresivas que las que poseen un cromosoma masculino de más: lo cual, sin embargo, no ocurre. De hecho, homicidas maníacos como Richard Speck, que asesinó a ocho enfermeras en Chicago, no presentaba ninguna anomalía genotípica, aunque se haya dicho lo contrario. Y en última instancia, la cuestión decisiva es que los genes no generan conductas; generan encimas, que afectan a procesos bioquímicos de neurotransmisión y a desarro-

llos anatómicos, los cuales, a su vez y bajo ciertas condiciones ambientales, pueden predisponer a ciertos actos violentos.

En suma, y para no insistir demasiado sobre este asunto, cargar a la exclusiva cuenta de la biología la causación de la violencia humana parece un tanto exagerado. La agresión como destino biológico, el crimen de origen genético, etc., etc., no representan interpretaciones serias de lo que está ocurriendo en el mundo. Con un fondo genético semejante, con temperamentos parecidos unas sociedades son pacíficas y otras no, a tenor de las circunstancias; la antropología comparada y la historia ofrecen testimonios abundantes al respecto, e incluso puede acontecer que en el curso de pocos años una misma sociedad, con el mismo *pool* genético y temperamental, pase de la concordia ciudadana a la violencia desatada.

No se trata, entendámonos, de que el cerebro humano sea ajeno a la violencia. Existen áreas bastante específicas del cerebro, cuya estimulación mecánica, eléctrica o química provocan accesos de furia o, por el contrario, inhiben las conductas de ataque, tal y como el profesor Rodríguez Delgado ha sabido mostrar cumplidamente. Pero por ahora la estimulación intracraneal no es muy corriente, y los estímulos o situaciones que provocan la violencia verdadera —no la *sham rage* de las experiencias de laboratorio— son de carácter social y penetran por los sentidos como el resto de la información que configura nuestro comportamiento. La violencia que nos amenaza es, creemos, un fenómeno del que la biología es condición necesaria, pero no suficiente. Sus determinantes más directos y específicos están primariamente en la sociedad, y sólo reflejamente en el cerebro, salvo accidentes patológicos que no hacen mucho al caso en el

contexto de esta conferencia. El tema del nativismo en la agresividad podría, desde luego, elaborarse mucho más, pero lo dicho basta para dejar dibujado en sus trazos esenciales nuestro punto de vista, para el cual lo biológico desempeña un cometido instrumental y donde las instancias regulativas principales son de carácter social.

Un punto de vista parcialmente asimilable al anterior, en cuanto presenta también un panorama fatalista y sombrío respecto de la agresión humana, es el mantenido por Freud, concretamente por el Freud de los últimos años. La postulación de un instinto de muerte opuesto al de la vida situó el problema de la agresividad en unas coordenadas pulsionales ciegas, frente a las cuales las posibilidades de la razón quedaban sumamente mermadas. Quizás la aportación más importante de Freud no fuese ésta, sino la idea de que la agresión más que un instinto destructivo primario representaba una reacción a la frustración en el sentido etimológico del término (*ad-gradior*, me muevo hacia adelante, avanzo). Sin embargo, lo cierto es que la forma en que el concepto ha pasado al psicoanálisis es la destructiva, la de una pulsión instintiva de ataque, que las constricciones y represiones de la sociedad no hacen sino exasperar. De ahí la idea tan extendida de que una sociedad permisiva, que facilitase el desahogo erótico de las pulsiones instintuales encontraría así un procedimiento catártico para aliviar indirectamente la presión de los impulsos agresivos.

La versión más popular de esta idea es probablemente la ofrecida hace unos años por el etólogo vienes Konrad Lorenz en su libro *Sobre la agresión*. Lorenz acepta como otros muchos biólogos importantes, entre ellos Darwin, que la agresividad posee una función biológica esencial, de la que dependen la territo-

rialidad, la alimentación, la defensa de la prole y la propia vida. La agresividad, pues, constituye un ingrediente esencial de la lucha por la vida, y los carentes de ella son los que engrosan las filas de las víctimas. Naturalmente, Lorenz acepta que la agresividad opera en conjunción con otros elementos de cooperación, de huida, etc., sin los que la vida animal sería imposible. Entre estos elementos regulativos de la agresividad estarían, según Lorenz, unas señales y unos mecanismos ritualizados de detención, unos *releasers* y pautas de *stop* que inhibirían la agresión intraespecífica de forma automática, evitando así lo que pudiera llamarse la guerra civil animal. Los seres humanos, no obstante, carecerían de esos dispositivos de ritualización y frenado de la agresividad; de ahí su feroz agresividad intraespecífica y la posibilidad de que la especie llegue a suicidarse en un disparatado enfrentamiento nuclear en el que no habría vencedores ni vencidos.

Supuesto, en efecto, que esas pulsiones agresivas se acumulasen en el interior del hombre, en un reservorio de capacidad limitada, fatalmente acabarían por derramarse de una manera explosiva, a menos de que antes se lograra “purgarlas” por medio de procedimientos pacíficos como los que sugiere Lorenz. Tales serían, vaya por caso, las grandes concentraciones deportivas, a cuyo cargo correría el logro de esa descarga parcial de la agresividad reprimida, mucho menos peligrosa que la descarga política o directamente bélica.

Sin llegar a considerarlo del todo infundado, he de confesar que tengo muchas reservas acerca de la validez de este modelo hidráulico, en el que se da por supuesta la existencia de una especie de gasógeno de la agresividad, encargado de alimentar y hacer subir día

a día la presión de las pulsiones destructoras del ser humano. Ni creo que la apelación a un principio de este tipo explica en realidad nada, ni facilita el control de las acciones agresivas, ni entiendo que exista evidencia alguna que favorezca su postulación. Por lo pronto no me parece cierto que uno sienta periódicamente ganas de agredir, como puede sentir las de otras cosas. Con cierto humor, Bandura ha señalado en su excelente libro sobre el aprendizaje del comportamiento agresivo (*Aggression. A social learning analysis*) que el hecho de no toser durante mucho tiempo no redundaría en la acumulación de una pulsión tusígena creciente. Las ganas de toser, de estornudar o de devolver le sobrevienen a uno en función de estimulaciones y circunstancias muy específicas, y no por acumulación gradual de pulsiones, como acontece normalmente con el deseo sexual. Simplemente, eso no es cierto.

Más bien ocurre, por el contrario, que para muchísimas personas la vida en circunstancias pacíficas prolongadas acaba por extinguir la conducta agresiva, la cual resulta más y más difícil de poner por obra a medida que pasa el tiempo: lo que obviamente va en contra de lo postulado por la teoría de la acumulación pulsional. La realidad es que el ejercicio de la violencia la convierte en un hábito, mientras la falta de práctica contribuye a su extinción. No hay, pues, tal acumulación de impulsos agresivos, ni tiene mucho sentido arbitrar mecanismos colectivos de purga de tales pulsiones. Es más bien con los principios del refuerzo, de la extinción y del castigo, y con la erradicación de las condiciones suscitadoras de la respuesta agresiva, con lo que debe operar la sociedad amenazada por el exceso de agresión.

La agresión humana tiene, que duda cabe, sus con-

diciones interiores, condiciones neurofisiológicas sumamente complejas y condiciones mentales. Pero ni estas condiciones son científicamente tematizables en términos de modelos pulsionales como los aludidos, ni son manejables sólo desde sí mismas. Indefectiblemente hay que llegar a ellas en la vida normal a través de sus condiciones exteriores —sociales, económicas, culturales, interpersonales— de las que son reflejo: reflejo activo y creador, reflexivo, pero a la postre reflejo. El cerebro humano, ni que decir tiene, es activo y regula el comportamiento; pero actúa en respuesta a su circunstancia. Tratar de entender la agresión humana dando prioridad a sus condiciones interiores, a sus presuntos determinantes intracerebrales o intrapsíquicos es un craso error. Parafraseando una vez más a Ortega, habría que decir que la agresión humana es ella y sus circunstancias; y si no se mejoran éstas, no hay solución posible.

De estas condiciones exteriores algunas, las menos importantes, son naturales. Ciertos tipos de violencia se acompañan en su crecimiento y decrecimiento con las estaciones del año, más o menos. Hace bastante tiempo que Hellpach recogió en su *Geopsyche* un conjunto de observaciones que apuntaban al incremento de la violencia en el otoño y la primavera, y que la investigación posterior ha confirmado. Pero, pese a su indudable interés científico, es obvio que la incidencia de estos factores estacionales sobre la agresión humana es menor y de escasa utilidad para abordar la cuestión que nos preocupa.

Entre estas preocupaciones se cuenta la referente a la propensión, al parecer única, que lleva al hombre a incurrir en agresiones intraespecíficas, a diferencia de lo que acontece en el resto de las especies animales. La autoridad científica de Lorenz, avalada por su pre-

mio Nobel, ha llevado a mucha gente a dar por su-  
puesta la verdad de esta tesis alarmante y, en conse-  
cuencia, a caer en un pesimismo antropológico con  
respecto a este gravísimo punto.

Personalmente, reconociendo mi absoluta falta de  
competencia profesional en este campo, tengo sin em-  
bargo muchísimas dudas en torno a esta cuestión. En-  
tiendo que son mucho más convincentes los puntos  
de vista de otros estudiosos de la conducta animal  
que, como ocurre con Peter Marler, no creen que el  
hombre sea más agresivo que la mayoría de las espe-  
cies, ni tampoco el único que practica una violencia  
intraespecífica. A juicio de Marler, aunque es cierto  
que algunas especies son muy pacíficas, se ha infrava-  
lorado la agresividad animal, y particularmente la in-  
traespecífica. La verdad es que la mayoría de los ani-  
males mueren prematuramente, por causas diversas;  
una de ellas es justamente esa agresión intraespecífica  
que se atribuye en exclusiva al ser humano.

De hecho, las agresiones intraespecíficas mortales  
no son tan raras como se cree; en muchos casos la  
muerte puede no ser instantánea, pero sí diferida a  
consecuencia de las heridas sufridas durante la lucha.  
En las colonias de simios, los machos jóvenes se unen  
a veces para derrocar al líder, que acapara las hem-  
bras. Si la operación tiene éxito, el nuevo líder de la  
colonia procede al exterminio de todas las crías, con  
objeto de que las hembras entren nuevamente en ce-  
lo. Algunos de los cachorros de león mueren de muer-  
te prematura; sólo un 20% de los casos se debe al ata-  
que de otros leones; el 80% perecen de hambre, debi-  
do a que las madres en períodos de escasez impiden a  
las crías participar de las presas que caen en sus ga-  
rras. Ambos ejemplos, que no son rebuscados, tienen  
poco que envidiar a los casos más crueles de agresión

intraespecífica que pueden esgrimirse en la historia de la especie humana.

Se da, por otra parte, con muchísima frecuencia otro tipo de agresión intraespecífica menos directa, pero no menos efectiva y cruel que la anterior, de la que no suele hablarse. A saber, la que consiste en marginar de los territorios seguros y ricos en alimento a los individuos más débiles o menos protegidos. A este fenómeno se le suele etiquetar con los términos de dominancia y territorialidad, pero es obvio que las consecuencias de la marginación y el aislamiento son la condena a la depredación, a la debilidad y a las enfermedades. Hasta tal punto que en ciertas colonias de pájaros que se han estudiado desde este punto de vista, la supervivencia durante el invierno es de un 80%, mientras que la de los especímenes marginados, que son numerosos, es de un 1% aproximadamente. Si este fenómeno no es una forma de agresión intraespecífica, ya me dirán ustedes qué es. Se trata de una agresión indirecta, pero indudablemente mortífera, como por otra parte queda implícitamente dicho en el principio básico de la lucha por la vida, que regula en unión del de la variabilidad genética todo el proceso de la filogénesis.

En contra de lo que se cree, los animales ejercen una fuerte presión agresiva dentro de sus propias especies —no sólo el hombre— y además el hombre tampoco carece totalmente de mecanismos psicológicos compasivos que en un momento dado detienen su acción agresiva contra la víctima. El hecho de que el encarnizamiento con la víctima indefensa o la fría ejecución de los inocentes provoque la indignación de la mayoría de los seres humanos prueba indirectamente, por el contrario, que esos casos son excepciones al comportamiento ordinario.

De todas maneras, el punto de mayor interés estriba en otro aspecto de la agresividad animal que aún apenas hemos rozado. Se trata de las circunstancias que habitualmente provocan las acciones agresivas, directas o indirectas, en el seno de la propia especie. Una de ellas es la escasez de recursos; como ya hemos dicho, las leonas alimentan normalmente a sus crías cuando las presas abundan; sólo cuando escasean mucho anteponen su propia alimentación a la de sus cachorros. Algo semejante acontece con las colonias de roedores, donde como Caldhoun puso de manifiesto en su día el hacinamiento repercute en el nivel de agresión intraespecífica, desencadenando unas oleadas de ferocidad e indiferencia de los adultos respecto de sus camadas que tienen muy poco que envidiar al más cruel de los infanticidios humanos. La diferencia, una de las diferencias en relación con el hombre, estriba en que en éste operan a menudo, yo diría que las más de las veces, factores morales que se superponen eficazmente a las motivaciones de supervivencia individual.

En suma, y para no alargar en exceso estos comentarios, ni es cierto que los animales no incurran en agresiones intraespecíficas, ni tampoco es verdad que el ser humano carezca del todo de mecanismos inhidores y de ritos de apaciguamiento frente a sus eventuales impulsos agresivos. Para los más de los hombres, la sonrisa inocente de un niño actúa eficazmente como inhibidor de la agresión. No siempre, en efecto; hay circunstancias excepcionales en que no. Y por ello es tan importante la identificación y el eventual control de esas circunstancias. Ese es el camino: *tratar de averiguar las condiciones objetivas bajo las cuales el fenómeno subjetivo de la agresión irracional puede tener lugar*. Lo cual, desde luego, no equivale a negar la

importancia de los factores internos, sino a rechazar su reificación o mitificación abusivas.

Un exceso contrario a éste puede darse si se adopta una perspectiva sociológica unilateral e igualmente fatalista, desde la que la agresión humana se percibe como un resultado inevitable de condiciones sociales inaccesibles a la libre decisión humana. En realidad, tanto da que el destino del hombre lo dicten los dioses, la biología, las estructuras sociales o el determinismo histórico, como el azar, si él no puede hacer nada para remediarlo.

Un poco en esta línea se hallan situados los estudios de ciclos bélicos que han llevado a cabo autores como Denton o Rosencrance, por citar sólo algunos. En líneas generales, y sin entrar en detalles que no son propios del momento, la tesis sostenida en semejantes trabajos es la de que los brotes de violencia ocurren aproximadamente cada generación o generación y media, en ciclos de unos treinta años. A juzgar por sus datos, desde fines del siglo XVIII hasta mediados del XX las cosas parecen ocurrir aproximadamente así por lo que hace a las oleadas de violencia que podríamos llamar menores; las mayores, o grandes conflictos, seguirían en cambio un ritmo de onda más larga, cuya amplitud se estima en torno a los cien años.

En la medida en que semejantes ciclos de violencia tuviesen un carácter de ley necesaria, de *corsi e ricorsi* inevitables en la dialéctica histórica, todas nuestras reflexiones resultarían ociosas. Si los ciclos bélicos fuesen inevitables, como un *fatum* histórico que acompañara a la humanidad como la sombra al cuerpo, y si el poder destructor de las nuevas armas aumentase sin cesar —y con ellas el número de víctimas— no cabe duda de que la agresión del hombre contra el hombre acabaría por provocar un definitivo e irrevocable de-

sastre. De poco valdría el que cada generación pudiera recordar con horror los desastres de la guerra; poco a poco, esos recuerdos irían debilitándose, y al cabo de algún tiempo —no demasiado— la humanidad reincidiría de nuevo en el mismo pecado, sólo que a un nivel de destrucción mayor.

Para decir la verdad, hasta ahora el recuerdo efectivo de los horrores de las guerras no ha durado mucho. La vida renace sobre las ruinas con más pujanza, si cabe, que antes de los desastres, y el ciclo de la agresión se restablece otra vez. Es posible que ahora, apelando a los grandes medios de comunicación de masas, los sentimientos de horror y rechazo se sostengan durante más tiempo; es posible, pero no es seguro. La sensibilidad de las audiencias se satura ante la reiteración de mensajes de este tipo y busca otros temas más sugestivos en los que brille la alegría de vivir. Por otra parte, y nosotros mismos somos testigos de ello, las ocasionales campañas contra la guerra que llegan a nuestras pantallas van flanqueadas, y hasta qué punto, de telefilms, noticias y películas impregnadas de otras violencias no menos graves, que en cierto modo invalidan el efecto de los adioses a las armas y de las condenas de las violencias fascistas, que son al parecer las únicas que merecen ser condenadas.

El problema, a buen seguro, requiere un planteamiento más amplio, donde se integren los modelos biológicos, psicológicos y sociológicos dentro de una perspectiva histórica planetaria, que cuestione seriamente el decurso emprendido hace siglos por la civilización fáustica que caracteriza a Occidente. Un cierto grado de conflictividad pertenece a la esencia misma de la vida, y es insensato pretender ignorarlo. Pero es factible, si de verdad se desea, graduar en alguna

medida la gravedad de los conflictos y la intensidad de las agresiones.

Ciertamente, las aspiraciones humanas desbordan las posibilidades que el mundo tiene de satisfacerlas, incluso en la sociedad más afluyente que quepa imaginar. Las aspiraciones van siempre por delante de los recursos, de tal manera que si éstos se incrementan en una proporción aritmética aquéllas crecen en proporción geométrica. Así ha sido siempre, y así será, y gracias a ello el hombre tira de su vida y no es empujado por ella, es proyecto y no mero efecto. Sólo que, en la medida en que esto es así, la pugna por el acceso a los recursos es inevitable, y el conflicto y la agresión que comporta también lo es. So pena de matar la vida, lo único que cabe hacer es rebajar la agresión a niveles racionales y compatibles con la supervivencia (mucho más no se puede hacer) adecuando algo mejor las aspiraciones a los recursos, y orientándolas hacia metas culturales donde los recursos son en cierto modo inagotables.

Sabemos con cierto grado de certeza cuáles son las principales condiciones que suscitan la violencia; quizás no las conocemos todas, pero sí algunas muy importantes. En líneas generales, todo aquello que amenaza el ejercicio de la propia vida, lo frustra y perturba más allá de ciertos límites tiende a transformar el *ad-gradior* o progreso de la vida en un regreso destructivo, en un *aggradior* agresivo, si vale el juego de palabras. Mal que bien, esto se sabe. Y se conoce también la naturaleza concreta de las formas particulares que esa condición general adopta en la sociedad contemporánea.

Toda sociedad, y esto lo vió con claridad Freud, frustra de alguna manera las pretensiones de sus miembros, y genera por consiguiente en ellos algún

tipo de agresividad; a la vez que de otra parte, desde luego, subviene a muchas de sus necesidades y facilita su realización como personas. Nuestro problema estriba en que cuando las aspiraciones se disparan, o son disparadas por la sociedad mucho más allá de lo que muchos pueden conseguir; cuando la violencia se presenta como un medio directo, y con frecuencia impune, de lograr lo deseado; cuando el anonimato de las grandes ciudades destroza los vínculos comunitarios y deshumaniza al prójimo; cuando el encuentro de estilos de vida heterogéneos y la aceleración de los cambios tecnológicos, económicos y sociales arrastran consigo las normas de convivencia, y no sólo ellas, sino lo que es peor el propio valor de la convivencia y del respeto al otro; cuando todo esto y mucho más ocurre cada día de una forma sistemática, esto es, derivada de las estructuras mismas que configuran la civilización de que formamos parte, entonces a nadie puede extrañar que los niveles de agresividad sobrepasen los márgenes de tolerancia compatibles con la continuidad del sistema social y éste discurra por la pendiente de la irracionalidad. No es posible resolver de una forma razonable el problema de la agresión si y en la medida en que nuestra forma de vida genera estructuralmente la dialéctica de frustración-agresión a que en su día, con visión profética, se refirieron algunos continuadores de esta línea freudiana (Cfr. Dollard *et al.*, *Frustration and aggression*).

Las ciencias sociales y humanas están ya en disposición de participar eficazmente en las remodelaciones ecológicas —*lato sensu*— que requiere un planteamiento serio del problema de la agresión. No me atrevería a subscribir plenamente las propuestas de Skinner para abordar un diseño completo de nuevas culturas; para ser franco, esto lo veo un poco pueril. Sí estoy con-

vencido, en cambio, de que en las actuales ciencias del hombre —conductismo incluido, y bien incluido— hay elementos más que suficientes para corregir en buena parte los defectos estructurales que hacen de nuestra civilización una realidad creciente y peligrosamente violenta.

De una parte, la ciencia de la conducta posee algunas fórmulas bastante eficaces —y no muy difíciles de aplicar socialmente— para extinguir o debilitar las conductas agresivas, substituyéndolas por otras más compatibles con la convivencia y la actividad creadora. No quisiera dar una impresión de simplismo insinuando que se trata de una empresa sencilla; no lo es. Pero los errores que se cometen al respecto, si es que son errores son de tal bulto, que incluso una ciencia tan modesta como la psicología es capaz de sugerir medidas brillantes para mejorar las cosas.

Una de estas medidas, para comenzar por lo más elemental, ¡querido Watson!, sería no tratar de enseñar y reforzar lo que se pretende al parecer evitar, es decir, la agresión misma. La cosa parece increíblemente perogrullesca, excepto por la circunstancia de que es realísimamente grave. No hay más que contabilizar los miles de acciones agresivas que a lo largo del año observan con admiración en las pantallas los niños y muchachos de nuestro mundo —y también los adultos— para caer en la cuenta de que uno de los puntos más eficaces de difusión de la violencia son los medios de comunicación como la TV y los tebeos, que tampoco se quedan atrás en la carrera.

Ya se sabe, faltaría más, que esos medios reflejan una violencia social que ellos no han creado; sólo que la potencian considerablemente al devolverla con creces a través de los modelos que popularizan con una generosidad digna de mejor causa. Los programas de

violencia son baratos por lo general, y atraen como el sexo y las perversiones, la curiosidad de las personas con pocos recursos interiores para defenderse de ellos. El procedimiento, por descontado, es efectivo para conseguir grandes audiencias a bajo coste para la publicidad intercalada. Excepto que el coste humano de ese negocio es extraordinariamente caro y resulta, fuera del marco económico, en extremo detestable.

No es cosa, desde luego, de abusar de su paciencia haciendo una revisión pormenorizada de los múltiples aspectos que requieren rectificaciones tan gruesas como esta que acabamos de apuntar de forma tan incompleta. Porque habría que añadir inmediatamente y con toda energía que si bien la violencia percibida en los medios no produce directamente la violencia efectiva y real, sí es en cambio una de las condiciones que, juntamente con otras, contribuye a su desencadenamiento. Una de las formas en que el ser humano interioriza y aprende sus comportamientos, agresivos o no, es ciertamente el aprendizaje vicario por observación de modelos, o si se quiere dicho más llanamente, el aprendizaje por imitación. Porque ese aprendizaje es efectivo es por lo que, indiscutiblemente, las empresas invierten tan cuantiosas sumas de dinero en los *spots* televisivos. Durante algún tiempo, las discusiones en torno a los efectos nocivos de la violencia televisada fueron predominantemente teóricas, y en ellas tenían por tanto buena cabida los argumentos ideológicos que defendían incluso la conveniencia de enfrentar a los niños con escenas brutales. La antigua y cómoda idea de la función catártica que podía desempeñar la observación de la violencia desempeñó en este contexto un destacado papel, como decimos, durante algún tiempo, hasta que la evidencia aportada por Bandura acerca de la efectividad del aprendizaje

vicario, esto es, por observación de la conducta ajena, y estudios empíricos minuciosos realizados por sociólogos y psicólogos fueron poniendo de manifiesto que, en realidad, la contemplación de la violencia televisada facilita la ejecución de actos violentos. Revisiones sobre este problema como las realizadas en los últimos años por Larsen, Goranson, Siegel, Liebert, Bandura y otros muchos dejan ya poco lugar a dudas al respecto. La conclusión a que llega Bandura es que la violencia protagonizada por los modelos que difunde la televisión rebaja los umbrales de las respuestas agresivas de los espectadores y contribuye a configurarlas mediante el aprendizaje de formas originales y efectivas que se aprenden viendo a los héroes:

“La visión de la violencia televisada incrementa la probabilidad de que algunos espectadores se comporten agresivamente en presencia de otras incitaciones” (Bandura, *op. cit.*, p. 274).

Sin duda, la televisión no basta, pero ayuda. Muy en especial cuando son muchos otros los factores que en nuestra sociedad concurren a la promoción de los comportamientos agresivos. La sociedad contemporánea es eminentemente dinámica; vive bajo el signo de la prisa y de la actividad, factores ambos que están asociados con la agresividad. Cuando se tiene prisa por hacer muchas cosas cualquier obstáculo que interfiera con nuestro quehacer encuentra fácilmente una respuesta agria. No es extraño, pues, que las grandes urbes hayan dejado de ser escuelas de urbanidad para convertirse en el caldo de cultivo de las malas maneras y los semblantes hoscos. Los cambios acelerados e incesantes corroen también la firmeza de las creencias y de las costumbres tradicionales, fomentan la anomalía y, por tanto, hacen más fácil la apelación a la violencia como medio de satisfacer unos deseos que con la caída de las normas han dejado de ser ilegítimos.

La insolidaridad de las masas urbanas, la impunidad que confiere el anonimato de las grandes ciudades, la deshumanización del prójimo que provocan las grandes aglomeraciones, la irritación que origina la sobrecarga de estímulos propia de la vida moderna, el estado de excitación a que conducen el ajeteo y las tensiones de una civilización competitiva, por no volver a hablar de la magnificación de las aspiraciones materiales, que nada más satisfechas son substituidas por otras aún mayores, contribuyen en unión de un sinnúmero de circunstancias análogas a crear el clima psicológico suscitador de la violencia de que luego nos quejamos.

Si a todo ello se añade la debilitación de los lenguajes de sentido que nutren el espíritu del hombre, cada vez más clausurado en un mundo hermético a la transcendencia, se comprende mejor la profunda exasperación de los frustrados de esta tierra y la exaltación actualista de quienes tienen que cifrarlo todo en el aquí y ahora de las satisfacciones materiales.

En definitiva, la agresión posee sus fundamentos naturales y su función biológica, tanto en los animales como en el hombre mismo; sólo que en éste es mucho más peligrosa, dada su potenciación tecnológica. Por fortuna, sin embargo, la agresión humana dista mucho de obedecer a un impulso irreprímible al que de alguna forma es preciso dar salida. La agresividad humana no es tanto una pulsión fatal como un tipo de respuesta que la propia sociedad se encarga de generar y de reforzar a través de unas determinadas condiciones de vida. Mediante ellas, la sociedad tiene en su mano el incremento o la reducción de los niveles de violencia que la aquejan. Es delirante pretender cargar a la biología la responsabilidad de un mal que tiene un origen básicamente social. La agresión humana no es

tá en los genes. Cada sociedad tiene la agresión que ella misma genera, la que en el fondo se merece, el destino violento que ella misma se da.

Si el hombre desea de verdad cooperar con el hombre, tendrá que introducir cambios importantes en las cosas de que se ha rodeado, tendrá que ir construyendo una circunstancia nueva que no incite tanto a la agresión como ésta en que nos encontramos. Tal vez porque sospechaba que ese cambio no era fácil, Heidegger llegó a pensar que sólo Dios puede salvarnos. Aunque así fuera, convendría que ayudáramos un poco.

#### REFERENCIAS

- Bandura, A. *Aggression. A social learning analysis*. Prentice-Hall, 1973.
- Denton, F.H. y Phillips, W. "Some Patterns in the History of Violence". *J. of Conflict Resolution*, 12 (2) 182-1959.
- Dollard, J. et al. *Frustration and aggression*. Yale Univ. Press, 1939.
- Eysenck, H.J. *Crime and Personality*. Paladin, 1970.
- Gómez Bosque, P. y Peinado Altabe, J. "Condicionamientos socio-culturales, psíquicos y biológicos de la violencia". Ponencia del V Congreso Nacional de Psicología, Valladolid, 1976.
- Larsen, O.N. (ed.) *Violence and the mass media*. Harper and Row, 1968.
- Lorenz, K. *Das sogenannte Böse*. Borotha-Schoeler Verlag, 1963.
- Marler, P. "On animal aggression: The role of Strangeness and Familiarity". *American Psychologist*, 1976, núm. 3.
- Montagu, M.F.A. (ed.) *Man and aggression*. Oxford Univ. Press, 1968.